

tlilxochitl, que pagase tributo, y negándose con fiereza el descendiente de tan antiguos reyes, vió abatir con las armas su noble orgullo. Torquemada cuenta que los chichimecas fueron recibidos pacíficamente; mas sea lo que fuere, poco tiempo después los lazos más estrechos unieron para siempre ambas naciones que no hicieron sino una sola. El hijo del jefe de los chichimecas casó con una joven descendiente de los reyes de Tula, y de ellos descienden los señores de Tezcoco, cuya monarquía fundaron los recién venidos, ilustrados por los toltecas.¹

III

Cuál fué la civilización de este pueblo, aun lo acreditan desparramadas ruinas, que son una página viva de su gloria y de su grandeza.

Construyeron, en efecto, durante su imperio soberbias ciudades, unas con cal y piedra, y otras con sólo piedras sobrepuestas,² pero trabadas con tal arte y solidez, cual se nota en las ruinas de Xochicalco (casa de las flores) á seis leguas de Cuernavaca.³ Tula, la capital, fué celebrada por su magnificencia. El venerable Sahagun vió algunas de sus ruinas, entre otras los restos de un edificio cuyos pilares en forma de culebra, tenían la cabeza por base y la cola por capitel.⁴ Aun más notable fué Teotihuacán, que consideraban como ciudad santa, y en donde erigieron al sol y á la luna dos célebres templos: sus ruinas aun se conservan en la forma de dos altos cerros fabricados á mano.⁵ En Toluca fueron notables algunos palacios en que, como en Cuernavaca, esculpieron con caracteres jeroglíficos toda su historia.⁶ La ciudad de Cholula figuró mucho en su tiempo,

¹ Véase el artículo Tezcoco, puesto en seguida del presente.

² Ixtlil. rel. 4.^a part. 1.^a apud Kingsborough., vol. 9.—Sahagun lib. 10, cap. 29.

³ Se cree sin embargo por algunos que estas ruinas, restos de una antigua fortaleza, fueron obra de los olmecas; pero al menos es indudable que los toltecas usaron de igual construcción en algunos edificios.

⁴ No parece, pues, cierto como creía Humboldt, que sólo en los palacios de Mictlán, obra de los zapotecas, hubiese columnas entre los vestigios salvados en Anáhuac.

⁵ Se cree sin embargo que en este lugar no hicieron más que reedificar lo que habían hecho los olmecas.

⁶ Ixtlil. ubi supra.

principalmente el templo de Quetzacoatl, dios del aire, primitiva obra de los olmecas.

Aunque mancharon con la idolatría la idea del Dios verdadero, invocaban y reconocían á un «ser todopoderoso y supremo, causa de todas las cosas y de quien dependen todas las criaturas.»¹ simbolizando también á la Providencia bajo una ficción mitológica que fué común á los mexicanos: suponíanla dividida entre los dos sexos, un dios y una diosa; á aquel llamaban Ometecutli (dos veces Señor), y á ésta Omecioatl (dos veces Señora): habitaban en lo más alto de los cielos y comunicaban la fuerza engendradora del hombre.²

Por otra parte, fueron muy pocos los objetos en que extraviaron su culto. Del sol y la luna, así como de Quetzacoatl, son pruebas los templos que hemos mencionado. Por lo demás, sólo hablan sus historias de otro templo famoso y de diversa estructura dedicado por el rey Mitl á la diosa de las aguas simbolizada en la figura de una rana hecha de serpentina que aun existía en tiempo de la conquista, y fué vista por los españoles.³ Sería sin embargo un error creer por esto, que adoraban en aquel ídolo al mismo animal, culto jamás verificado en Anáhuac. También desde su tiempo fué adorado el dios de las lluvias Tlaloc, que obtuvo en los siglos siguientes mucha veneración en el país:⁴ este numen tuvo probablemente la triste gloria de ver inmolar en sus aras las primeras víctimas humanas que la superstición sacrificó en Anáhuac. En honor suyo inmolaban cada año cinco ó seis doncellas de tierna edad en la misma forma que usaron los mexicanos,⁵ á quienes por un error bastante común se ha atribuido la introducción de esta horrible práctica en aquellos países:⁶ despedazaban además cada año entre dos piedras un criminal, en honor del sol. No por eso tal costumbre tuvo nunca el aspecto exagerado y terrible que después tomó entre los aztecas; y por lo demás el

¹ Ixtlil. Hist. chich. cap 1.^o y rel. 1.^a part. 1.^a

² Sahagun, lib. 10 cap. 29.

³ Ixtlil. rel. 4.^a part. 1.^a

⁴ Torquem. lib. 6.^o cap. 23.—Ixtlil, loc. cit.

⁵ Ixtlil. loc. cit.

⁶ Nuestro distinguido compatriota el Sr. D. José F. Ramírez ha aclarado este punto en una de sus notas á Prescott en la Historia de la Conquista (México 1845.)

baile y otras ceremonias sencillas y puras eran la expresión de su culto.¹

De su clase sacerdotal poco sabemos: los sacerdotes tenían como entre los aztecas la noble misión de educar á la juventud, y no menos fama ha quedado de su austeridad y severa disciplina. Se ligaban al sacerdocio con el voto de castidad, frecuentaban los ayunos y penitencias, y su aspecto grave y modesto indicaba la firmeza de sus creencias, porque desgraciadamente la superstición es la pasión que más ha dominado en el espíritu humano. Vestían túnicas negras, el cabello largo y trenzado, y según se dice no se calzaban sino para emprender largos viajes.²

La historia de los toltecas, cuyo resumen hemos trazado, demuestra cuál fué su gobierno. La prosperidad y la profunda paz del imperio, los monumentos que se levantaron por todas partes, el fomento del comercio y la agricultura y el adelanto de las ciencias y de las artes, indican una administración activa, ilustrada y cuidadosa. Levantados los reyes por la voluntad de la nación, y atentos al bienestar de sus súbditos, encontraron la recompensa en su amor y respeto, fruto que en vano la suspicacia de los déspotas, quiere segar con la espada del verdugo ó hacer brotar entre las cadenas de las prisiones ó con las lágrimas del proscrito. Adornaban los reyes sus vestidos magníficamente con piedras preciosas, oro y plata, y sus reales insignias los acompañaban hasta la tumba, cavadas en los templos de sus dioses. Sobrios y modestos querían sin embargo conservar un aspecto respetable, presentándose pocas veces en público, y en el interior de sus palacios tenían parque y jardines donde recrearse. No les era permitido sino el amor de una sola mujer, y como entre algunos de los pueblos de la antigua Germania que nos ha descrito Tácito, muriendo aquella no podían contraer segundas nupcias, ley á que la mujer era también obligada. Si el monarca moría primero su esposa heredaba la corona, y después el hijo.

Entre el resto de la nación no era permitida la poligamia; mas podían contraer nuevo matrimonio muerto el consorte,³ Los sacerdotes consagraban los lazos nupciales: senta-

1 Sahagun, lib. 10 cap. 25.—Ixtlil. loc. cit.

2 Ixtlil. loc. cit.

3 Ixtlil. ubi supra.

ban á los novios en medio de una sala al lado del fogón, el hombre á la derecha y la mujer á la izquierda, les dirigían ciertas palabras rituales, ataban por un extremo los vestidos de ambos, y echaban á su cuello una cadena de flores, de que ponían también una corona en su cabeza. Después los zahumaban con humo de *copalli*, y se dirigían al templo en medio de alegres danzas. No subían al atrio superior sino los novios: allí los recibía un sacerdote, los perfumaba de nuevo, y dirigiéndoles un breve discurso después de orar delante del dios del templo, les echaba encima un traje en que se veía pintada la imagen de la muerte: probablemente era un recuerdo de la brevedad de la vida, que no quería olvidar aquel pueblo grave al aproximarse un deleite tan pasajero como ella. En las costumbres de los mexicanos que conocemos más extensamente, se observa de continuo este tinte melancólico y pensativo. Acabadas estas ceremonias los novios recibían el parabién de sus deudos y parientes, y concluían con una fiesta doméstica.¹

De todos sus conocimientos el más admirable por su perfección, fué su sistema astronómico. Su año civil constaba de 365 días; 360 repartidos en 18 meses de á 20 días, y al fin de ellos agregaban 5 días que llamaban *nemonteni* ó inútiles, cual los epagomenos de los egipcios; pero su sabiduría admirable está en la concordancia del año civil con el verdadero ó solar. De 52 años formaban un período de tiempo ó ciclo, y de 104 una edad ó vejez, intercalando al fin del ciclo $12\frac{1}{2}$ días ó 25 completos al cabo del período mayor, siendo así que, como observa un sabio mexicano, era preciso que pasasen más de 538 años para que su año civil retrocediera un día del tiempo verdadero!² Tal es la admirable exactitud de aquel sistema que como es fácil conocer apenas difiere del nuestro, supuesta la corrección gregoriana, y aun es más exacto que el celebrado de los caldeos, que por medio de un largo período de 600 años, hacían coincidir respectivamente el sol y la luna en una misma posición. Los toltecas tenían médicos que conocían el uso y propiedades de las plantas; distinguían y labraban las piedras preciosas; fueron los primeros en ciertos trabajos esquisitos de pluma, muy célebres en aquellos países, con que imitaban

1 Ixtlil. rel. 3ª parte 2ª

2 Gama. Descripción de las dos piedras, 2ª edición, pág. 25.

cual pinturas los objetos de la naturaleza. Aun supieron extraer y fundir los metales, el oro, plata, cobre y estaño: tenían una música, aunque compuesta de instrumentos toscos; y el cultivo de la poesía con que la acompañaban en cantos y auxiliaban su historia, no les fué desconocido. No es, pues, menos natural que conociesen otras artes más necesarias: los carpinteros, albañiles, tejedores, alfareros, etc., formaban parte de aquella sociedad. ¹

Encontramos una prueba de su adelantada civilización cuando los vemos usar su escritura jeroglífica, no sólo para asentar sus anales ó notas históricas, sino para conservar los secretos de los conocimientos científicos. Reunieron en un solo libro por medio de sus caracteres, toda su historia, sus dogmas, creencias y ritos religiosos y cuantos conocimientos alcanzaban en astronomía, medicina y demás ciencias. Ese libro se llamó *Teomoxtili, libro divino* ² y fué desde entonces para la historia y para las creencias de aquellos pueblos, lo que para los egipcios sus arrollados pergaminos, y lo que los Vedas para los indios orientales.

Un autor ingenioso ³ afirma que en este libro constaban no sólo las noticias que daban los toltecas sobre su imigración del Asia, sino también sobre el diluvio universal, la confusión de las lenguas y la dispersión de los hombres. No dudamos que tuvieran estos recuerdos cuando son de aquellas verdades primitivas conservadas con más ó menos alteración en todos los pueblos antiguos, y cuyo estudio ha acreditado, entre otras razones, la verdad de los libros de Moisés. Empero es preciso observar que nuestros antiguos historiadores adolecen de una manía general, cual es querer concordar á todo trance las tradiciones hebreas con las mexicanas. Nos sería, pues, fácil señalar tres ó cuatro relaciones distintas, que se han escrito, para explicar aquellos hechos, y sería necesaria una larga discusión para averiguar si alguno había verdadero. Lo que es indudable entre los toltecas es el sistema cosmogónico que vamos á referir, que aunque aplicado á los aztecas, es el de sus predecesores. Creían que la regeneración del universo se había repetido cuatro ocasiones, que llamaban otras tantas destruc-

¹ Sahagun, lib. 10 cap. 29.—Ixtlil. rel. 1.^a y 3.^a part. 1.^a—Boturini, pág. 137.

² Ixtlil. part. 1.^a rel. 3.^a—Boturini, pág. 139.

³ Boturini.

ciones ó apagamientos del sol. Tanto en el orden de su sucesión como en el número de años que transcurrieron entre ellos, ha habido gran variedad; pero nosotros seguiremos un documento original en que está grabada esa creencia, y es una de las pinturas jeroglíficas que se conservan en la magnífica colección de Lord Kingsborough. ¹ Contaban por primera edad, duración del sol ó época del mundo desde la creación 4,000 años, que acabó por una invasión general de las aguas, dos personas que se salvaron, un hombre y una mujer, poblaron después la tierra. La segunda edad duró 4,010 años, y terminó al impulso de furiosos huracanes: otras dos personas que escaparon no dejaron perecer la raza humana: los demás hombres fueron convertidos en monos. La tercera edad duró 4,404 años ² y acabó por fuego: otro par se salvó en un subterráneo ó caverna. La cuarta edad que duró 5,206 años, no alude realmente en su destrucción sino á las hambres y pestes con que acabó el imperio tolteca, como hemos referido. Desde entonces contaban una quinta edad que era la presente, y que había de acabar por fuego: esperando esta catástrofe se sabe que al menos los mexicanos la fijaban al terminar cada período de 52 años, y entonces con el mayor espanto quebraban sus muebles, apagaban la lumbre, y aterrorizados esperaban que pasase la hora fatal para volver á encender nueva luz, que había de ser tomada de la que sacaban los sacerdotes.

Una sociedad tan industriosa cual la tolteca no era posible que abandonase la agricultura; por el contrario, la paz y la felicidad aumentaron extraordinariamente la población que oficiosa á lo sumo, cultivaba hasta el último rincón de los campos: ricas mieses se recogían anualmente en aquellas fértiles regiones, y los toltecas introdujeron en Anáhuac el cultivo del algodón y otras plantas útiles. ³

El conocimiento que indica aun más avance en el estado social estaba establecido entre ellos, y aun el uso de la moneda. Mercados que existían de continuo surtían á aquella diligente población de cuanto necesitaba para la vida, y además había en algunas de las principales ciudades gran-

¹ Codex Vaticanus, lám. 7 á 10.

² Así lo manifiestan los signos de la pintura, aunque el intérprete por equivocación pone 4,801 años. En la edad siguiente también por un error escribe 164 años.

³ Sahagun, lib. 10, cap. 29.—Torq. lib. 1.^o, cap. 14.—Ixtlil, ubi supra.

des ferias cada veinte días. La moneda recibida para el tráfico era de cobre.¹

Usaban para la guerra túnicas de algodón impenetrables, cual armaduras, cascos de metal, lanzas, dardos y mazas.² No nos podemos por eso figurar á los toltecas una nación guerrera de lo que su historia nos ha dado la prueba. Dedicados á la agricultura, al comercio y al adelanto de las ciencias y de las artes, sus costumbres todas indican una nación grave y tranquila. Aquellas, á la par, sólo se relajaron como hemos visto en los últimos tiempos, y por lo demás siempre fueron puras. He aquí cómo se expresa un digno misionero para explicar el carácter tolteca: «Estos, dice, eran buenos hombres y allegados á la virtud, porque no decían mentiras: su manera de hablar y saludarse unos á otros era, señor, y señor hermano mayor, y señor hermano menor: su habla en lugar de juramento era: *es verdad, es así, así es, está averiguado, y sí por sí, y no por nó.*»³ Cubierta la cabeza con un sombrero de paja ú hoja de palmera, vestidos de largas túnicas y calzando sandalias, eran de cutis más claro, más altos, más robustos, y de más abundante barba que los aztecas.⁴

Tal es el pueblo cuyo bosquejo hemos querido trazar en tan cortas líneas, y es el fundador de la civilización más adelantada que el viejo mundo encontró en el nuevo. Apenas el transcurso de cuatro siglos y una sucesión de príncipes excelentes en los tronos de Texcoco y de México pudo restablecerla. Por desgracia la hicieron aborrecible los torrentes de sangre humana que corrieron después en los altares; pero su estudio presenta el más alto interés á la historia general del espíritu humano considerado en un cuadro de instituciones primitivas, perfeccionadas en una órbita particular é independiente.

1856.

¹ "Como de dos dedos de largo y del grueso de un real de á 8" agrega Ixtlilxochitl.

² Según lo que dice Ixtlil, sobre la materia de sus armas, conocían el uso del hierro; pero esto es sin duda una equivocación. Completamente desconocido después en Anáhuac, no es verosímil que así como los descendientes de los toltecas poseyeron sus demás conocimientos, abandonasen el uso de uno de los más útiles.

³ Sahagun, l. 10, capítulo 29.

⁴ Torquemada, l. 1^o, cap. 14.—Ixtlil. Hist. Chich., cap. 3 y rel., 3 y 4.—Sahagun, lib. 10, cap. 29.

LA MONARQUÍA DE TEZCOCO.

Un pueblo célebre, los *toltecas* (véase), habían ocupado cerca de cuatro siglos el territorio de Anahuac. Una terrible guerra civil, la hambre y la peste destruyeron aquella nación, y emigrando el resto, principalmente hacia el Sur, sólo quedaron en el país unas cuantas familias al lado de magníficas ruinas que han acreditado la alta civilización de aquel pueblo.

No era así el que le sucedió, que es de quien nos ocupamos, y que designado con el nombre de *chichimecas*, estaba casi en estado salvaje. Tan marcada diferencia, sus costumbres diametralmente opuestas, y su idioma distinto, prueban opuesto origen, aunque hasta hoy por un error muy común se cree lo contrario. Clavijero y Veytia, únicos entre los modernos, que se han ocupado seriamente en dar á conocer nuestra historia antigua, y cuya opinión de consiguiente es la más respetada, son los que han divulgado ese error. Preciso será, pues, demostrar, cuán falsa ha sido la base en que han fundado su principio.

Siguiendo Veytia en su Historia Antigua las relaciones de Ixtlilxochitl, quiso concordar algunas contradicciones que presenta este autor; pero el producto de sus esfuerzos fué la formación del más extraño sistema que pudiera imaginarse. Dice, que en la confusión de las lenguas se reunieron algunas familias que hablaban un mismo idioma, el nahuatl ó mexicano, y buscando sitio en que establecerse, llegaron al nuevo continente y fundaron el primer reino tolteca ó chichimeca, en los países situados hacia el rumbo de California; el escritor añade que de aquellas gentes descien-